

Jack Higgins



**Un pacto con
el diablo**

1985. El espectacular robo que lleva a cabo un grupo paramilitar irlandés termina con el naufragio del *Irish Rose* y con la pérdida de un suculento botín. Diez años más tarde, cuando el proceso de paz avanza con paso titubeante en Irlanda, el presidente de Estados Unidos recibe información sobre el paradero del *Irish Rose* y del tesoro que esconde, cien millones de libras esterlinas en lingotes de oro. El riesgo de que dicha fortuna llegue a manos de terroristas irlandeses es alto y el hecho de que una organización criminal decida participar en la recuperación del oro perdido obliga a las autoridades a tomar cartas en el asunto con urgencia.

Índice de contenido

Cubierta

Un pacto con el diablo

Belfast, 1985

Uno

Londres. Distrito de los Lagos, 1985

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Nueva York. Irlanda. Londres. Washington. Irlanda, 1995

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Distrito de los Lagos, 1995

Quince

Sobre el autor

*Para Denise,
la mejor de las chicas.*

Belfast 1985

UNO

Caía una fuerte lluvia procedente de la ría de Belfast, y cuando Keogh dobló la esquina a lo lejos sonaron detonaciones de armas cortas procedentes del oscuro centro de la población. Acto seguido se oyó el estampido de una explosión. El hombre comenzó a cruzar la plaza sin vacilar. Era bajo, medía menos de metro setenta, vestía pantalones vaqueros, impermeable y gorra de visera, y llevaba colgada del hombro una bolsa de lona de marino.

Aunque el letrero rezaba «Hotel Albert», el lugar se parecía más a una pensión para marineros que a otra cosa. En principio había sido construido para unificar tres residencias victorianas. La puerta principal estaba abierta, y por ella asomó un hombre menudo y calvo con un periódico en la mano.

En la distancia sonó otra explosión.

—¡Caray! —dijo el hombrecillo—. Esta noche los chicos no paran.

Desde el pie de la escalera, el recién llegado dijo:

—Telefoneé hace un rato para reservar habitación. Me llamo Keogh.

Por su manera de hablar parecía inglés, y en su voz sólo se percibía un leve deje del peculiar acento de Belfast.

—Ah, sí, el señor Keogh. Acaba usted de desembarcar, ¿no?

—Más o menos.

—Bueno, pues resguárdese de la lluvia, entre y lo atenderé.

En ese momento dobló la esquina un Land Rover, al que inmediatamente siguió otro. Los dos vehículos llevaban la parte posterior al aire, y tres paracaidistas iban acuclillados detrás del conductor. Eran hombres jóvenes y endurecidos,

equipados con boinas rojas y chalecos blindados. Cada uno de ellos empuñaba una metralleta. Desaparecieron entre las sombras y la lluvia del otro lado de la plaza.

—¡Caray! —repitió el viejo, y entró en el edificio, seguido por Keogh.

El vestíbulo era una sórdida estancia rectangular con un mostrador de recepción y una angosta escalera. La pintura blanca amarilleaba a causa de los años, y el papel de las paredes estaba descolorido. Aquí y allá se veían manchas de humedad.

El viejo empujó el libro de registro hacia Keogh para que éste firmase.

—Normas de la Policía Real del Ulster. Domicilio, próximo puerto de destino, etcétera.

—No hay problema.

Keogh anotó rápidamente sus datos y le devolvió el libro al viejo.

—Martin Keogh, Wapping, Londres. Llevo años sin ir por Londres.

—Es una gran ciudad.

Keogh sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno.

El viejo cogió una llave del tablero.

—Al menos allí no hay paracaidistas armados hasta los dientes recorriendo las calles. Es una locura que vayan desprotegidos bajo esta lluvia. Son un blanco perfecto. Ni que tuvieran ganas de suicidarse.

—No, no es así —replicó Keogh—. Se trata de un viejo truco de los paras. Se lo inventaron hace años, en Adén. Van en parejas para cuidar uno del otro, y sin blindaje en el vehículo, de modo que les sea posible responder inmediatamente a cualquier ataque.

—¿Cómo está usted tan enterado?

Keogh se encogió de hombros y replicó:

—Es del dominio público, abuelo. ¿Puede usted darme la llave?

Fue entonces cuando el viejo se fijó en los ojos de aquel hombre, que, aun careciendo de un color concreto, eran los más fríos que había visto jamás. Inexplicablemente, sintió miedo. Y en aquel momento Keogh sonrió y su aspecto cambió por completo. Tendió la mano y cogió la llave.

—Me han dicho que por aquí hay un café que no está mal. El Regent, o algo así.

—Exacto. Está al otro lado de la plaza, en Lurgen Street. Junto al viejo muelle.

—Daré con él —dijo Keogh, y comenzó a subir la escalera.

Encontró la habitación sin dificultad, abrió la puerta, cuya cerradura mostraba claros indicios de haber sido forzada repetidas veces, y entró. El cuarto era muy pequeño y olía a humedad. Había una única cama, un armario ropero y una silla. En un rincón se veía un lavamanos, pero no había retrete. Y teléfono tampoco. Sin embargo, con un poco de suerte, sólo tendría que pasar allí una noche.

Dejó sobre la cama su bolsa de lona y la abrió. En el interior había un neceser, varias camisas limpias y unos cuantos libros. Lo sacó todo y levantó el fondo de cartón de la bolsa, bajo el cual había una pistola Walther PPK, varios cargadores y uno de los nuevos silenciadores Carswell. Comprobó el arma, la cargó y le ajustó el silenciador. Luego se la remitió en la parte posterior de los pantalones.

—Regent, muchacho —dijo suavemente, y salió silbando una melancólica melodía.

Junto al mostrador de recepción había un teléfono público de los antiguos, de cabina. Keogh dirigió una inclinación al viejo, entró y cerró la puerta. Sacó varias monedas de una libra y marcó un número.

Jack Barry era un hombre alto y agradable, cuyas gafas de concha le daban cierto aire intelectual. También tenía aspecto de maestro de escuela, que era exactamente la profesión que en tiempos ejerció. Pero ya no. Ahora era jefe del Alto Mando del IRA Provisional. Se encontraba sentado en su domicilio de Dublín, leyendo el periódico, cuando sonó el teléfono portátil que tenía junto a sí.

En cuanto hubo descolgado, su esposa, Jean, le dijo:

—No tardes mucho. La cena está lista.

—Barry al habla.

Keogh le habló en irlandés.

—Soy yo. Me he inscrito en el hotel Albert bajo el nombre de Martin Keogh. El siguiente paso es reunirme con la chica.

—¿Algún problema?

—No. Lo tengo todo organizado, no te preocupes. Ahora salgo hacia el café Regent. El tío de la muchacha es el dueño.

—Espléndido. Mantenme al tanto. Utiliza sólo el número del móvil.

Barry desconectó el teléfono y su mujer volvió a llamarlo.

—Ven, que la cena se enfría.

Obedientemente, el hombre se puso en pie y fue hacia la cocina.

Keogh encontró sin dificultad el Regent. Una de las vidrieras del local estaba tapada con tablas, sin duda a causa de una explosión, pero la otra se encontraba intacta y por ella se veía claramente el interior. El café estaba poco concurrido. En torno a una mesa se sentaban tres viejos, y otro de los veladores estaba ocupado por una desastrada mujer de mediana edad con aspecto de prostituta.

La muchacha sentada tras el mostrador tenía dieciséis años recién cumplidos. Keogh lo sabía porque estaba al tanto de todo lo referente a ella. Se llamaba Kathleen Ryan, y era la encargada del café propiedad de su tío, Michael Ryan, pistolero protestante desde su más temprana juventud. La muchacha era menuda, tenía el cabello negro, pómulos marcados y ojos iracundos. Según los cánones convencionales, no tenía nada de bonita. Llevaba un jersey oscuro, minifalda vaquera y, cuando Keogh entró en el local, estaba sentada en un taburete, absorta en un libro.

—¿Qué tal es? —preguntó el hombre apoyándose en el mostrador.

Ella le dirigió una seria y escrutadora mirada que la hizo parecer mucho mayor de lo que realmente era.

—Estupendo. Tribunal de medianoche.

—Está escrito en irlandés, ¿no?

Keogh miró mejor el libro y vio que estaba en lo cierto.

—Sí, claro. ¿Acaso cree que los protestantes no deberíamos leer en irlandés? ¿Por qué no? Nosotros también somos irlandeses, y si usted pertenece al Sinn Fein o algo así, le agradeceré que se largue a otra parte. No quiero saber nada de los católicos. Una bomba del IRA mató a mis padres y a mi hermana pequeña.

—Tranquila, muchacha —dijo Keogh alzando defensivamente las manos—. Soy de Belfast, acabo de desembarcar y sólo he entrado a tomarme una taza de té.

—Por su manera de hablar no parece de Belfast, sino inglés.

—Cuando yo era niño, mi padre me llevó a Inglaterra.

Ella lo miró por unos momentos ceñuda y luego se encogió de hombros.

—Té para uno, Mary —dijo y, dirigiéndose de nuevo a Keogh, añadió—. No hay nada de comer. La cocina cerró.

—Con el té será suficiente.

Momentos más tarde apareció una mujer canosa con delantal y dejó sobre el mostrador una taza de té.

—Aquí tiene leche y azúcar. Sírvase.

Keogh lo hizo y le entregó una moneda de una libra. La mujer le dio algo de cambio. La muchacha se desentendió de él, tomó su libro y se puso en pie.

—Me marchó, Mary. Dentro de una hora puedes cerrar.

Dicho esto, la joven desapareció en la trastienda.

Keogh se llevó la taza a una mesa contigua a la puerta, se sentó y encendió un cigarrillo. Cinco minutos más tarde apareció Kathleen Ryan, con una boina y una vieja trinchera. Salió sin dirigir ni una mirada a Keogh. Éste, tras dar un par de sorbos de té, se levantó y salió.

La lluvia había arreciado. Kathleen bajó la cabeza, apretó el paso y se dirigió hacia los muelles. Los tres muchachos que permanecían a la puerta de un almacén abandonado la vieron cuando pasó bajo un farol encendido. Eran los típicos jóvenes que pueden encontrarse en cualquier ciudad del mundo. Agresivos cachorros con cazadoras de cuero y vaqueros.

—Es ella, Pat —dijo uno, que se cubría con una gorra de béisbol—. Es ella. La puta Ryan del café.

—Ya me he dado cuenta, estúpido —replicó el llamado Pat—. Ahora, silencio y agarrémosla cuando pase.

Kathleen Ryan no advirtió la presencia de los muchachos ocultos entre las sombras. Lo que la alertó fue el rumor de pies, y entonces era demasiado tarde, pues ya tenía un brazo en torno al cuello, casi ahogándola.

Pat se colocó ante ella y la obligó a alzar la cabeza.

—Mira lo que tenemos aquí. Una putita protestante. Ryan, ¿no?

Ella lanzó una patada que alcanzó en la espinilla al muchacho de la gorra de béisbol.

—Déjame en paz, cabrón.

—¿Qué es eso de llamar cabrón a un buen muchacho católico? —Pat la abofeteó—. Llevadla al callejón. Necesita una lección de modales.

Ella, que no era de las que gritan, ahogó su furia y mordió la mano que cubría su boca.

—¡Puta! —exclamó Gorra de Béisbol golpeándola en la espalda.

Luego corrieron con ella por el callejón bajo la lluvia. La llevaron hasta un viejo farol de gas al lado del cual había un montón de embalajes. Mientras ella se debatía, dos de los muchachos la tumbaron sobre una caja y Pat se colocó detrás de ella y le alzó la falda.

—Te vas a enterar —dijo.

—¡No, quien se va a enterar eres tú! —dijo una voz.

Pat se volvió. Martin Keogh había aparecido en el callejón. Llevaba las manos en los bolsillos de su impermeable.

—Suéltala. La chica no tiene ganas de juegos —añadió Keogh.

—¡Que te den por el culo, enano! —dijo el de la gorra de béisbol al tiempo que soltaba a la muchacha y lanzaba un golpe contra Keogh. Éste lo agarró por la muñeca, le retorció el brazo y lo lanzó de cara contra la pared.

—¡Cabrón! —gritó el tercer muchacho, abalanzándose contra él.

Keogh sacó una mano del bolsillo armada con la Walther y golpeó con el arma al muchacho en el rostro, abriéndole la mejilla desde el ojo izquierdo hasta la comisura de la boca. Luego alzó la pistola y disparó. La silenciada detonación apenas se percibió entre el rumor de la lluvia.

Gorra de Béisbol estaba de rodillas y el otro se cubría la ensangrentada mejilla con las manos. Pat permanecía inmóvil, con una furiosa expresión en sus facciones.

—¡Maldito cerdo!

—Ya me lo han llamado otras veces. —Keogh tocó la frente del muchacho con el silenciador de la Walther—. Otra palabra y te mato.

El muchacho quedó inmóvil, Kathleen Ryan se estaba bajando la falda.

—Vuelve a tu café, muchacha —dijo Keogh—. Luego nos vemos.

Ella lo miró y, tras una vacilación, dio media vuelta y echó a correr callejón abajo.

Sólo se oía el rumor de la lluvia y los sollozos de los heridos.

—¡Hicimos lo que usted nos dijo! ¿A qué ha venido esto? —dijo Pat, furioso.

—Mentira —replicó Keogh—. Os pedí que asustarais un poco a la chica para que yo pudiera acudir en su ayuda. —Sacó un cigarrillo con una sola mano y lo encendió—. ¿Qué planeabais? ¿Una violación en grupo?

—Es una cerda protestante. ¿Qué importa?

—A mí me importa —replicó Keogh—. Y soy católico. La gente como vosotros es una vergüenza para nuestra religión.

Pat se lanzó contra él. Keogh se echó a un lado y, tras hacerlo caer poniéndole la zancadilla, le colocó una rodilla en la espalda. Pat permaneció inmóvil bajo la lluvia, sollozando.

Keogh dijo:

—Necesitas una lección, amiguito.

Apretó el cañón de la Walther contra el muslo del muchacho y oprimió el gatillo. Sonó una ahogada detonación y Pat gritó.

Keogh se puso en pie.

—La bala sólo ha atravesado la carne. Podría haber sido tu rodilla.

Pat estaba sollozando.

—¡Maldito seas!

Keogh sacó un sobre del bolsillo y lo dejó caer.

—Las quinientas libras que acordamos. Ahora lárgate a urgencias al hospital Royal Victoria. Es el mejor Jugar del mundo para ir con una herida de bala, cosa nada extraña, dada la experiencia que tienen.

Se alejó silbando su extraña y peculiar melodía, dejando a los muchachos bajo la lluvia.

Cuando Keogh llegó al café, todos los parroquianos se habían ido ya, pero Kathleen Ryan y la mujer llamada Mary se encontraban detrás del mostrador. La chica hablaba por teléfono. Keogh intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada. Al oír girar el tirador, Kathleen Ryan se volvió e hizo señas a Mary, que salió de detrás del mostrador y fue a abrir.

Cuando el hombre entró, Mary dijo:

—Ella me ha contado lo que acaba de hacer usted. Dios lo bendiga.

Keogh se sentó en el borde de una mesa y encendió un cigarrillo. La muchacha seguía al teléfono.

—No, no, ya estoy bien. Nos vemos en el Tambor en veinte minutos. No te inquietes. —Colgó el teléfono y se volvió, con expresión tranquila—. Era mi tío Michael. Se preocupa por mí.

—Es lógico —dijo Keogh—. Corren malos tiempos.

—Usted no hace prisioneros, ¿verdad?

—No, me parece inútil.

—Y va armado. Lleva una Walther, ¿no?

—Sabes mucho para ser tan joven.

—Entiendo de armas, señor. Me crié con ellas. ¿Qué hizo usted después de irme yo?

—Los despaché.

—¿Los mandó a casa después de darles un pescozón?

—No: los mandé al hospital más próximo. Necesitaban una lección y la recibieron. Si eso te sirve de consuelo, el que parecía el jefe irá con muletas durante una buena temporada.

Ella frunció el entrecejo y lo miró muy seria.

—¿Se puede saber a qué juega?

—No se trata de ningún juego. No me gustó lo que estaba ocurriendo, eso es todo. —Se puso en pie y aplastó su cigarrillo—. Pero como veo que ya estás bien, me marchó.

Cuando Keogh abrió la puerta, la joven se apresuró a decir:

—No, aguarde. —Él se volvió hacia ella y la muchacha siguió—: Si quiere, puede acompañarme al *pub* de mi tío. Es El Tambor de Orange, y está a menos de cuatrocientos metros, en el muelle Connor. Me llamo Kathleen Ryan. ¿Y usted?

—Martin Keogh.

—Aguárdeme fuera.

Keogh hizo lo que la muchacha decía y la vio dirigirse de nuevo al teléfono. Probablemente iba a hablar con su tío, se dijo. Momentos más tarde, Kathleen se reunió con él. Había cogido un gran paraguas y mientras lo desplegaba contra el fuerte viento, Keogh preguntó:

—¿No sería más seguro ir en taxi?

—Me gusta la ciudad por la noche —replicó ella—. Me encanta la lluvia. Tengo derecho a ir por donde quiera, y al demonio con los energúmenos del Sinn Fein.

—Es una opinión —replicó él, al tiempo que echaban a andar.

—Protéjase —dijo la muchacha tomándolo del brazo y cobijándolo debajo del paraguas—. Así que es usted marino.

—Desde hace un par de años.

—Un marino de Belfast criado en Londres y que lleva una Walther.

Había un tono inquisitorio en la voz de la muchacha.

—Esta ciudad es peligrosa, como esta noche ha quedado demostrado.

—Supongo que es peligrosa para usted, y por eso va armado. —Kathleen frunció el entrecejo—. No es usted del